

NEUMATOLOGIA

Y

PASTORAL

Una acción pastoral equilibrada, la ortopraxis apostólica, supone en su transfondo, una eclesiología igualmente equilibrada. A su vez, ambas son tributarias de la idea que nos hacemos del Dios encarnado, es decir, de una cristología. Esta temática preocupa hoy a los pastoralistas; la eclesiología cristológica asegura al apostolado una estructura y una continuidad en su misión fiel a la fe y a la institución apostólica.

Sin embargo, esta dimensión de la eclesiología es insuficiente, si no está integrada en una segunda dimensión, la neumatología. En la teología de la Iglesia, ésta correspondería a una "eclesiología de la vida", como el aspecto anterior corresponde a una "eclesiología de la estructura". Lo cual supone que al igual que hacemos esfuerzos por poner al día una teología de Cristo y de la Encarnación, profundicemos una teología del Espíritu Santo, en lo cual nos queda mucho por hacer. Una teología del Espíritu Santo está en la base de cualquier reforma pastoral.

En América Latina estamos especialmente huérfanos de una neumatología. Para la mayoría de los agentes pastorales, la teología del Espíritu está limitada y ligada a la espiritualidad, y a una vida espiritual personal. En la misma Iglesia, la presencia del Espíritu Santo queda prácticamente reducida a animar su estructura, su sacramentalidad e instituciones, para hacerlas fieles a Cristo.

Desde el punto de vista de la eclesiología esta neumatología es insuficiente para animar nuestro apostolado y para hacer brotar la pastoral autóctona que necesitamos. Esta quedará anquilosada, sin vida, o continuamente dependiente de modelos e inspiración ajena. El Evangelio que la Iglesia tiene que ofrecer al hombre latinoamericano, queda sin significación.

La cuestión neumatológica, de cara a nuestra pastoral, ofrece dos aspectos. El primero, es consecuencia de lo que podríamos llamar la "alianza" entre Cristo y el Espíritu Santo; alianza que se prolonga entre el Espíritu y la Iglesia, en sus estructuras apostólicas y cristológicas. La Iglesia no solo prolonga el ser y el actuar de Cristo, sino también su "modo" de actuar, y ello implica que el Espíritu conduce la Iglesia como condujo a Cristo. Todo lo estructural en la Iglesia, lo visible, lo sacramental, lo misionero y lo ministerial están habitados por el Espíritu al modo de Cristo. Reciben del Espíritu su eficacia. En este primer aspecto, la misma estructura cristológica de la Iglesia está en alianza con el Espíritu, supone una neumatología.

En esta línea, surgen en la Comunidad toda una serie de ministerios estructurados, sacramentales, que prolongan el ministerio apostólico y la acción visible de Cristo.

Este primer aspecto de la neumatología (el Espíritu "de la estructura") es el más puesto en relieve, y el que está en la conciencia de los agentes de la pastoral. Se ve como una alianza entre las acciones e instituciones pastorales, y el Espíritu, que las acompaña siempre y les asegura su eficacia sobrenatural. Pero este aspecto no basta para nuestro propósito. Queda en la sombra un segundo aspecto de la neumatología; el de "la vida". Pues hay una eclesiología pastoral de la estructura, y otra de la vida, como dos aspectos inseparables, y llamados a enriquecerse mutuamente. Y el hecho que los dos aspectos de la neumatología cumplan con ese requisito, sin sacrificarse mutuamente (la estructura y la vida, la institución y el carisma), es ya un efecto del propio Espíritu Santo.

Por este segundo aspecto de la pneumatología la Iglesia es profética y carismática. El Espíritu que la habita no se reduce a la institución ni al ministerio sacramental. El Espíritu, puesto que es de Dios, no está "encerrado" en la institución eclesial, ni condicionado absolutamente por ella. Queda libre, y "sopla donde quiere". La misma Iglesia no puede presumir de antemano su fidelidad al Espíritu; y a la misión pastoral: debe buscarla y pedirla incesantemente. La Iglesia y nuestra pastoral están bajo la Palabra y el Espíritu.

La pneumatología carismática asegura a la pastoral su dimensión dinámica creadora, adaptable a hombres y acontecimientos nuevos. Su capacidad de rejuvenecer y de renovarse, y de ser siempre fiel al Evangelio, en situaciones inesperadas, no previstas por lo estructural. Para ello, la Comunidad genera una segunda serie de ministerios, los carismáticos. El Nuevo Testamento es ya testigo de ello. (San Pablo en 1 Cor. 12 enumera ministerios tanto institucionales como carismáticos, todos suscitados por el mismo Espíritu, todos al servicio de los demás). La Comunidad queda entonces edificada sobre la institución y el carisma, "sobre los Apóstoles y los Profetas", en expresión del mismo San Pablo; y esta verdad, a menudo descuidada, fue en seguida introducida en el credo católico de Nicea: "Creo en el Espíritu Santo... que habló por los Profetas...".

Nuestra teología pastoral estuvo distanciada de una eclesiología carismática. Las razones han sido numerosas, desde las exegéticas (olvido de la eclesiología de las primeras Epístolas de San Pablo, frente a la eclesiología de sus Cartas Pastorales y de los Hechos), hasta las históricas. Aquí habría que recordar el desprestigio en que cayó lo carismático en el cristianismo, ya al inicio de la Edad Media, por los abusos y su tendencia a veces iluminista; la excesiva institucionalización de la Iglesia de la Contrarreforma, que es la que nos llegó a América, con su consiguiente recelo de todo lo carismático, en reacción a la eclesiología protestante; el clericalismo dominante hasta ahora, por el cual el ministerio jerárquico absorbió prácticamente todas las funciones pastorales, incluyendo la laical. Así, cuando en la Iglesia latinoamericana comenzó a formularse metodológicamente la eclesiología de cara a la pastoral, éste se hizo casi exclusivamente en una línea cristológico-estructural, vacía de una pneumatología.

En el Concilio Vaticano II se comienza ya a reaccionar contra ésto, y aparecen elementos importantes para una elaboración de una teología de los carismas y para una eclesiología-pastoral pneumatológica. Esta elaboración aparece urgente, pues al abrirse el camino y al recuperarse conceptos tales como la Comunidad, la renovación permanente de la Iglesia, la creatividad de las Iglesias locales, la adaptación de la pastoral a todas las culturas y situaciones del mundo moderno, etc., se ha puesto en evidencia la falta de una teología del Espíritu Santo. Muchas de las tensiones y malos entendidos en la estructura actual de la Iglesia se deben a ello. Dificultad para integrar creatividad y autoridad, participación y dirección, universalidad y localidad, unidad y pluralismo... Para muchos, un Vaticano III sería el "Concilio de la teología del Espíritu Santo".!

Por ejemplo, el Vaticano II liga la reforma litúrgica "al paso del Espíritu Santo por la Iglesia (SC 14). Este paso "da vida a la Iglesia... la rejuvenece, la renueva, la unifica..." (LG 4). "Es vínculo de comunión y unidad" (LG 4, 7, 9, 13...) lo cual subraya que la unidad de la Iglesia no es sólo estructural (en torno al Papa y al colegio de Obispos), sino también neumática, como un movimiento del interior.

Igualmente, ciertas opciones de Medellín no se entienden sino a la luz de una "neumatología práctica": las Comunidades

cristianas de Base, la opción por los oprimidos, el descubrimiento de la función profético-pastoral-política de los cristianos en el actual proceso de transformación del continente.

En todo caso, el camino está abierto.

DESAFIO PASTORAL LATINOAMERICANO

1.— Carisma en la vida consagrada

Desde el punto de vista de una eclesiología pastoral carismática, de cara a nuestra pastoral, se nos imponen ciertas tareas.

Por de pronto, tomar conciencia de lo carismático de ciertos ministerios hoy excesivamente estructurados, y recuperar todo su dinamismo y creatividad consagrada, sobre el cual ya se ha hablado mucho, y hay actualmente una fuerte búsqueda al respecto. Si la vida religiosa es un acontecimiento del Espíritu para dar a la Iglesia estilos de vida evangélicos, radicales y válidos en el actual proceso latinoamericano, las Comunidades religiosas están llamadas a simbolizar y a profetizar "al cristiano del futuro", el "hombre nuevo en Cristo" de una América Latina que busca su liberación. El seguimiento de Cristo obediente hasta el sacrificio, el amor universal de castidad, la pobreza radical, la vida fraternal y contemplativa están llamados a irrumpir en la historia actual como acontecimientos del Espíritu que "hace nuevas todas las cosas", inspiradores de las formas de vida evangélicas que insistentemente buscan hoy muchos cristianos.

Ante los graves desafíos pastorales, la vida consagrada debería recordar su mejor tradición histórica al respecto, como carisma de creatividad: aparecen como grupos de consagrados poseídos de un mismo espíritu y de una misma intuición apostólica, que "inventaron" maneras nuevas de presencia de la Iglesia o métodos nuevos de apostolado, o resucitaron valores del Evangelio olvidados. Siempre en actitud profética y creadora, lo que a menudo causó desconfianza y conflictos por parte de "lo establecido". Hoy día (¿por falta de una pneumatología?) demasiadas Comunidades aparecen pastoralmente apegadas al pasado y poco conscientes de esta misión carismática de buscar nuevos caminos para el apostolado.

2.— Carisma del "misionero".

La pastoral latinoamericana debe recuperar igualmente el carisma del "misionero". Entendido como aquel apóstol que ejerce su ministerio en una Iglesia o en una situación cultural diferente a la suya. La presencia masiva de apóstoles extranjeros en el continente hace tanto más urgente la conciencia de este carisma. Tal vez tenemos muchos agentes de pastoral venidos de afuera, y pocos "misioneros". No todos tienen el carisma de insertarse adaptada y creadoramente en otro medio, con el fin de suscitar una Iglesia local capaz de auto asumir su propia evangelización, sin prolongar situaciones de dependencia, o reforzar un sistema pastoral del cual nos urge salir. Por otra parte, este carisma misionero se da igualmente dentro de las Iglesias latinoamericanas, para funciones "al interior" de esas Iglesias en lo que podemos llamar "apostolados de frontera". Aquí se inscriben todas las experiencias pastorales en ambientes extraños a la fe, indispensables para que la Iglesia no se haga un "ghetto". La encarnación de una subcultura hasta en lo simbólico, la solidaridad con los más pobres, una nueva metodología de evangelización o la celebración de una liturgia significativa, son gestos misioneros propios de la irrupción de un Espíritu que renueva.

3.— Carisma de los profetas.

Junto al carisma misionero, ya sea como inspirador o como realizador, hay que considerar a los "profetas". Nos referi-

mos sobre todo al "pequeño" profeta, al que hace nuestra pastoral ordinaria. La Iglesia latinoamericana necesita hoy muchos "pequeños profetas", que no se suscitan a sí mismo, sino que son el don del Espíritu. Ellos tienen el carisma de inspirar y de crear la Iglesia "desde adentro", en onda con la historia y con los signos de los tiempos, los cuales leen e interpretan a la luz del Evangelio, y de una manera casi "intuitiva", realizan los pasos pastorales que hay que dar precisamente en este momento. A veces son laicos, a veces obispos, a veces consagrados, otras veces no, pero dentro de la estructura institucional —carismática de la Iglesia, son principalmente ellos los que le abren nuevos rumbos en la evangelización, y garantizan la renovación del apostolado. Una Comunidad consciente de una neumatología, por un lado sabrá reconocer a los verdaderos profetas, que a veces están latentes en su seno, y les dará suficiente libertad de pensamiento y de acción, aunque a veces, por su misma vocación "de frontera", se sitúen fuera de lo "convencional".

Así y todo, tendremos tensiones y dificultades entre los profetas y el ministerio institucional, sobre todo la jerarquía, cuyo ministerio es precisamente detectar los carismas, promoverlos en la mayor amplitud de servicio posible a toda la Iglesia, y también juzgarlos. La limitación humana hace que estas dos funciones, que en el dinamismo del Espíritu son complementarias y convergentes, y que sirven la misma Iglesia, sean a menudo conflictivas. Podemos pensar que ello constituye un mal necesario, o tolerable. Hay que pensar más bien, a la luz de este mismo dinamismo del espíritu, que es la forma habitual como progresa la pastoral y se llega a un bien, supuesto que ambos mantengan una actitud abierta y evangélica.

Es evidente que la pastoral del futuro en América Latina tendrá que crear pistas en cuanto al culto autóctono, en cuanto a la multiplicación de ministerios laicales, en la creación de comunidades que no necesitan la permanente presencia del presbítero, en las tareas cristianas en sociedades represivas, pluralistas o socialistas, en la evangelización del catolicismo popular... Las respuestas sabias no son fáciles de dar, y a primera vista algunas pueden parecer en desacuerdo con "lo oficial"; pero la capacidad de una autoridad para leer lo que hay del Espíritu en estas instituciones, y para recordar que el mismo Espíritu no es "poseído" por lo institucional, y que actúa donde quiere (y no a priori donde "debería"), es ya un carisma. En todo caso, y dadas ciertas condiciones, en la Iglesia debería haber siempre una presunción en favor de lo nuevo, mientras no haya razones para dudar. (Y no al contrario, como sucede muchas veces).

El profeta, por su parte, debe ser un hombre de fe, que acepta la autoridad de la Iglesia, y que sabe que en la pastoral lo eficaz no es siempre lo mejor, ya que la misión está marcada por la cruz. Debe ser humilde, y saber que ningún carisma es permanente, y que su servicio está ligado a las necesidades pastorales de la comunidad. Los carismas pasan, y los profetas cambian; la Iglesia queda. Por lo mismo debe saber esperar, y purificarse en la espera, mientras sigue trabajando por lo que él juzga lo mejor. El verdadero espíritu profético no aleja de la jerarquía, y reacciona evangélicamente en situaciones límites: es ya una prueba del carisma. La fidelidad al Espíritu significará en todo caso mantener la comunión, no cortarse de la comunidad, en lo que está de su parte. Buscar el diálogo y la colaboración, pues el verdadero carisma se comunica a otros y no hace de "francotirador" aislado. Pues en definitiva es el mismo Espíritu el que lo anima a él, a la autoridad y a los demás ministerios de su comunidad, y este Espíritu lleva a la comunión. Aquello que parecería imposible para las leyes de la sociología, es posible en la comunidad cristiana, que actúa bajo las leyes de la neumatología.

Pues el carisma profético no es solo "personal". Hay también grupos, comunidades, Iglesias proféticas en un momento dado. No significa que siempre lo serán, pero en ciertas opciones pastorales, en ciertos juicios sobre las situaciones complejas, en ciertas decisiones —en todo lo cual se ofrecen siempre alternativas—, la comunidad como tal necesita no solo estudio y consulta, sino en definitiva un alto grado de sabiduría pastoral. Esta es propia del Espíritu y de una intuición verdaderamente carismática. Estas "intuiciones pastorales" no son coincidencias o arbitrariedades; tienen sus propias "leyes" de gestación, propias de la teología del Espíritu Santo más que de las ciencias eclesiológicas. Ello se puede apreciar en tal encíclica, en tal carta pastoral, en tal Sínodo, Conferencia o Concilio, donde el fruto superó los antecedentes racionales.



"... en lo pastoral lo eficaz no es siempre lo mejor".

Igualmente ciertas posiciones u opciones socio-políticas de los cristianos o de una Comunidad como tal, no están exentas de esta "intuición del Espíritu". Adoptar una línea de conducta temporal evangélica, puede ser también un carisma, tanto más cuanto que la verdad en estas materias no está en una sola ideología, ni coincide siempre con "el centro" o los extremos. Hay que re-intuirla permanentemente.

4.— Carisma del "Santo".

Pienso también que una eclesiología neumática, en la hora actual de la pastoral latinoamericana, debe recuperar el ministerio carismático del "Santo". Se trata aquí del "santo oficial", aquel declarado tal por la Iglesia, infaliblemente. Dejando de lado los aspectos muy discutibles del "proceso de canonización",

(comprensibles por su origen histórico), nos parece los Santos ejercen un verdadero ministerio de inspiración y autoidentificación de la Comunidad. Es muy importante que la Iglesia, con todo su peso, declare Santo a una persona de carne y hueso como nosotros. Eso significa que la Iglesia se identifica con esa persona, y nos la propone como modelo inspirador. En medio de todas las ambigüedades de los cristianos, es importante que se nos diga inequívocamente donde está el verdadero cristianismo y el Evangelio encarnado. Ello permite a la Comunidad no ofuscar su ideal, e identificarlo permanente, y no caer en la tentación de imitar falsos profetas, o de no procurar la vivencia radical del Evangelio bajo el pretexto que "la jerarquía no está a la altura". Esta, aún en sus peores momentos, nunca se nos propuso a sí misma como ideal evangélico, sino siempre sólo a aquellos hombres con los cuales la Iglesia se ha identificado.

Es de notar que aún las sociedades e ideología profanas identifican sus ideales en próceres, en héroes, en modelos humanos. Hay un "culto a los santos laicos". En el caso de la Iglesia, este culto es un verdadero carisma que la identifica con su ideal de una manera complementaria y análoga a la enseñanza del magisterio: en el santo esta enseñanza se encarna y se hace carisma.

Pastoralmente, esto supone reivindicar el culto y el sentido del Santo. Su valor simbólico, inspirador, históricamente imitable. Su relevancia para tal Iglesia en tal momento. Todo ello debe orientar la promoción de tal o cual cristiano a la santidad, en la medida que la encarnación de ciertos valores evangélicos ayude a las actuales aspiraciones de los cristianos, y responda a los desafíos de la hora presente. Nos podríamos preguntar al respecto si los Santos que honra América Latina en general no son todavía muy ajenos a las realidades y necesidades cristianas de esos pueblos, y hasta que punto se honra el pasado y no el presente histórico. Tal vez se debería encontrar para las diversas Iglesias locales mecanismos auténticos para que oportunamente estas Iglesias pudieran identificarse con sus "Santos", sin esperar excesivamente, a fin de que esta misma identificación cumpla oportunamente su carisma en esa Iglesia. América Latina necesita hoy modelos inspiradores, autenticados, del compromiso misionero, del compromiso por la liberación de los oprimidos, de formas evangélicas de actuar en lo socio-político, de solidaridad con los marginados...

CARISMA Y PLANIFICACION PASTORAL

Otra tarea, ciertamente actual, de nuestra pastoral, es la de dar al Espíritu Santo todo su lugar en la pastoral de conjunto, y en la planificación del apostolado. Al respecto, una recta pneumatología nos asegura que el Espíritu acompaña y configura la pastoral desde el comienzo del mismo proceso pastoral, y no se agrega a mitad de camino o al final, para dar "alma" a una construcción puramente de iniciativa humana, de sociólogos o teólogos. La pastoral no es el mero producto de especialistas y planificadores, a los que se agrega el Espíritu más tarde, ni la planificación del apostolado sigue las reglas de los planes de las ciencias humanas, (del desarrollo u otros). En la planificación profana, se estudia la realidad, y a la luz de ciertos principios teóricos se hace una diagnosis y se establecen remedios, que se deciden y distribuyen estratégicamente durante un período de tiempo. (Así por ejemplo los mismos procedimientos "administrativos" a la pastoral. Para establecer un plan de apostolado, habría que comenzar analizando según esto, la realidad social y religiosa, hacer sobre ella una reflexión teológica pastoral, para detectar ciertas metas y urgencias apostólicas, que se proponen como imperativos de acción ante el contraste de la realidad con la teología.

Este tipo de planificación pastoral olvida el principio pneumatológico. Según éste, una pastoral se configura no solo por ciertos principios teológicos y por un diagnóstico de la realidad. Hay otro factor decisivo: lo que el Espíritu de hecho está suscitando como iniciativa renovadora en esa Iglesia. Los "hechos" pastorales locales. De ello no se puede prescindir, y cuando se hace, el plan y las directivas apostólicas no responden a la situación de las "bases". Solo asumiendo e incorporando a las ciencias humanas y teológicas el movimiento del Espíritu "desde adentro", el plan exterior responderá al dinamismo interior.

IGLESIA CON RAICES AUTOCTONAS

En fin, el gran desafío de nuestra fe en el Espíritu, y de nuestra capacidad para desarrollar una pastoral auténticamente "neumatológica", está relacionado con las tareas de crear desde sus raíces autóctonas las Iglesias locales latinoamericanas. Estamos ante búsquedas urgentes para consolidar Iglesias adultas, con estructuras y pastoral tan católicas como propias, Formas autóctonas de Comunidad (la comunidad cristiana de base); nuevos ministerios, más diversificados, que surjan de la misma comunidad, y que vayan resolviendo desde la raíz la falta crónica de vocaciones; formas originales de evangelización frente a las religiones populares; la cuestión del culto vernáculo, etc... Estas tareas hoy día son tópicos, y tópicos oficializados en Medellín. El problema está en su relación, y en las posibilidades concretas de nuestras Iglesias para estos desafíos creadores. ¿Quién nos asegura la capacidad de tener éxito en la liberación de las energías latentes en las Comunidades locales, ya sea en forma de nuevos ministerios, enriquecimiento de la liturgia, y creatividad en la evangelización? ¿Quién nos asegura que estas energías latentes son suficientes para el "despegue" creador hacia una Iglesia autóctona, sobre todo en los medios pobres, marginados, indígenas?

La respuesta a estos interrogantes sólo se encuentra en una pneumatología, como principio interno y siempre presente de la creación de la Comunidad, y en nuestra fe en que el Espíritu actúa y está a disposición al interior de estas Comunidades. El Espíritu Santo no actúa menos en las Iglesias latinoamericanas que en otras, y potencialmente las dota de todos los ministerios y carismas necesarios para su desarrollo hasta la madurez. El grado de implantación de la Iglesia en América es ya suficiente como para que se pueda realizar este "despegue" creador. Tal vez lo que faltó hasta ahora fue o una estructura misionera suficiente, o nuestra fe y abandono a la acción del Espíritu que ciertamente habita institucional y carismáticamente nuestras Comunidades; o la carencia de una pneumatología en nuestra pastoral. Los desafíos del momento a los cristianos son creadores, y la creatividad en la Iglesia está ligada a esta teología del Espíritu Santo.

El conjunto de estas tareas es arriesgado. Pero la pneumatología es también el fundamento de una "teología del riesgo". Sólo nuestra fe en la alianza indisoluble entre la Iglesia y el Espíritu, que asegura a la Iglesia la fidelidad y la indefectibilidad, nos hará ser fieles, sin falsas angustias ni temores, a tareas creadoras que sabemos de antemano que son parte del mismo carisma de la fidelidad. La mejor manera de ser fiel al principio cristológico y apostólico es siendo fiel al pneumatológico, cuya creatividad consiste, al fin de cuentas, en recuperar y encarnar el mensaje de Jesús en cada momento de la historia. "Se os dará el Espíritu que estará con vosotros para siempre... El os lo enseñará todo, y os recordará cuanto os he dicho yo..." (Jn. 14,16,26).